

as otras
historias, los
otros conflictos.
Mujeres y niños
en el fin de la
Guerra de los Mil
Días (1899-1902)

Ingrid Juliet Gallo Hincapié¹

¹ Estudiante del pregrado en Ciencias Políticas de la UdeA. Correo: ingridhin34@gmail.com

Este artículo tiene como objetivo exponer y reflexionar sobre el papel de los niños y las mujeres durante el periodo de la Guerra de los Mil Días y las causas y consecuencias que a corto, largo o mediano plazo se dieron.

Palabras clave

Niños, mujeres, Guerra de los Mil Días, conflictos, militares, guerra.

Las guerras en nuestro país se han relatado desde los actores armados, desde los victimarios, y se han narrado más a partir del sufrimiento, de la crueldad y la violencia; se cuentan las vidas humanas perdidas, con cifras, con números o estadísticas, y se han olvidado las víctimas, quienes son calladas y ocultadas, invisibles en las historias oficiales, la prensa masiva, los medios audiovisuales e incluso hasta en la memoria de los otros. Hacer justicia a las víctimas, no solamente en lo que respecta a los relatos de los conflictos y de las guerras, sino también en la vida cotidiana, ha de ser una tarea fundamental de la universidad y de la formación de quienes estudian e investigan en las ciencias sociales y humanas. Este escrito se enfoca en rescatar del olvido a los otros, y las otras, a esas historias que no se ven comúnmente al hablar de los conflictos armados y las guerras, de nuestra nación y de todo el mundo. No es casualidad que, a propósito de los 120 años del fin de la Guerra de los Mil Días, sean las mujeres, los niños y adultos mayores los que más se vulneran y olvidan, siendo quienes se ven directamente implicados en las conflagraciones y terriblemente perjudicados por los conflictos armados.

No obstante lo anterior, en el libro *Los guerrilleros del noventa y uno*, el profesor Jaime Eduardo Jaramillo (1991) explora sobre aquellos actores y aspectos poco analizados de la Guerra de los Mil Días; por ejemplo, se centra en las mujeres y los niños, las armas, la financiación, la involucración de los grupos étnicos (afros e indígenas), las batallas armadas y su geografía y otros temas no abordados con solidez por la historia oficial de nuestro país. El profesor Jaramillo ha sido un especialista y un investigador que ha dedicado su docencia a explorar sobre asuntos relacionados con las mujeres y la guerra, lo que le ha valido el reconocimiento de ser una autoridad en el tema. El patriarcalismo, entendido como el dominio o el mando de los hombres sobre los seres en la tierra, constituye un punto esencial para descifrar lo que fue la Guerra de los Mil Días, más enfocada en narrar el heroísmo de los hombres, de los masculinos, y no a rescatar la valía de las heroínas, e incluso de aquellas mujeres anónimas, protagonistas de los conflictos armados, ni hablar de las microhistorias de los niños y de los ancianos, al explicar el poder de la guerra, que ha hecho que las mujeres «sirvan como trofeo, instrumento debilitador del enemigo y, no obstante, como medios de pago o intercambio para proteger la vida de los guerreros» (Bernal, s. f.).

Por otro lado, las mujeres en las guerras del siglo XIX estuvieron prestando sus servicios como auxiliadoras de los heridos en combate, se involucraron en la guerra con sus compañeros, con sus aman-

tes, con sus esposos, hasta llegar a ocupar rangos altos en las milicias por medio de sus acciones junto a ellos.

Durante el servicio que prestaban las mujeres en la guerra fría las reglas militares tenían que cumplirse, y como vieron que en dichas mujeres había un gran soporte para la guerra, entonces se dieron algunos momentos críticos en los cuales se veía este género como algo peligroso para los intereses de ambos bandos; aquellas que desobedecieran se arriesgaban a que se les dieran severos castigos. Lo cierto es que hubo, tanto entre liberales como entre conservadores, mujeres que a la par que intervinieron en

las milicias armadas se ocuparon de actividades propias de la cotidianidad de la guerra, pero hay que agregar que hubo reprimendas e incluso castigos horribles, como lo explica con detalle Jaramillo en su libro. Los palos y los castigos no desanimaban a las mujeres que insistían en estar al lado de sus hombres. Y ante la soledad, lo que debían zanjar las mujeres, en la mayoría de los casos, fue la sobrevivencia con sus hijos y las calamidades o avatares de la vida diaria ante la escasez y la pobreza, lo que es muy notorio en la serie de cuentos históricos que se tituló *El recluta*² y que brinda un panorama de lo que sucedió con ellas, con los niños y con los ancianos durante el tiempo que duró y se cerró la Guerra de los Mil Días.

En el transcurso de dicha guerra, las mujeres fueron participando día a día, de forma creciente; algunas de ellas llegaron a alcanzar ascensos militares a partir de la prestación de sus servicios. «Algunas excepciones notables como María Martínez de Nisser, una señora sonsoneña que se alistó durante la revolución de 1841, o la

El patriarcalismo, entendido como el dominio o el mando de los hombres sobre los seres en la tierra, constituye un punto esencial para descifrar lo que fue la Guerra de los Mil Días, más enfocada en narrar el heroísmo de los hombres, de los masculinos, y no a rescatar la valía de las heroínas.

² Véase *El recluta* (2000).

negra Dolores, afamada lancera caucana que llegó hasta Bogotá con las fuerzas de Mosquera en 1861» (Martínez, 1940). Por poner un ejemplo, en el siglo XIX ellas fueron tomando algunas funciones de mando dentro de los diferentes grupos militares. Las fuerzas femeninas se rebelaron en contra del Decreto Orgánico de Instrucción Pública expedido en 1870, que orientó la legislación de la educación en el país con una mirada de corte liberal y protestante; precisamente, el presidente de la época, Santiago Pérez, introdujo las misiones protestantes en el país. Aliadas con el poder de la Iglesia se hicieron protestas y donaciones para fundar colegios católicos, entre otras actividades que, en última instancia, ponían a la mujer en su primera actuación política, mujer que hasta entonces no era atendida en estos escenarios.

Para conocer la instrumentalización de la mujer, sus luchas por la libertad, la independencia y la autonomía, basta considerar el primer volumen de *Las mujeres en la historia de Colombia* y el caso muy específico de Soledad Acosta de Samper, por mencionar dos fuentes obligadas de lectura. En la época existían hombres que las miraban como personas dignas de poner el orden, de inculcar los buenos modales en la sociedad en medio del conflicto; quienes hablan muy bien de estos asuntos son los estudiosos Rufino José Cuervo y Barreto (1848) (Londoño, 1995). A las mujeres, entre sus avances y procesos históricos, se les planteaba que deberían estudiar y prepararse para sostener su vida, su bienestar, aspecto que era tomado muy en cuenta, aunque también sobresalían en cualquier servicio que pudiera prestarse durante la guerra, como filtro de información y acercamiento al bando enemigo, aprovechando su vestimenta, o por su forma de ser, que les permitía realizar acciones que los hombres en sí no lograban.

La vida de las mujeres no fue fácil y hubo acciones más que heroicas; basta mencionar que estuvieron al pie como combatientes en la Guerra de los Mil Días, y hubo hasta mujeres en embarazo que fueron guerreras, asunto de admiración y reconocimiento. Cuenta la leyenda sobre la capitana Teresa Otálora Manrique, quien luchó bajo las órdenes de los jefes guerrilleros Cesáreo Pulido Sánchez y del «Negro» Marín, y que a pesar de su embarazo se mantuvo sin declinar combatiendo a las tropas gubernamentales. En las memorias que dejó escritas esta admirable mujer desde la cárcel, narró uno de los episodios más dramáticos y en el que más cerca estuvo de perder la vida y la de su hijo (Nelson, 2003).

Dichas experiencias demostraron la valentía de las mujeres en la guerra, que las llevó a enfrentar de una forma más temeraria o arriesgada otro tipo de situaciones personales cada vez más com-

plicadas y graves, y que ante la sociedad podrían, en algún momento, tener un alto honor por el valor femenino y la gallardía con la que podían desafiar la realidad.

Las mujeres fueron capaces de sembrar miedo ante el enemigo por sus destrezas, su inteligencia para doblegar y hacer sentir el poder del bando donde ellas se encontraban:

En ocasiones, la información que se requería no era de fácil acceso, así que muchas de estas mujeres se armaron de coraje y valor para enfrentarse cara a cara con sus enemigos. [...] Se infiltraban en las tropas gubernamentales presentándose como mujeres alegres y en el fragor de la diversión embriagaban a los soldados y sutilmente les extraían información logística y militar (Tovar, 2013, p. 109).

Las mujeres hicieron parte de la guerra por variados intereses y de diferentes formas; pero, lo más triste de todo este acontecimiento heroico, es que, aunque las mismas participaran de una manera activa por un partido o movimiento político, liberales o conservadores, no fueron reconocidas. A pesar de todo, ganaron un gran terreno en la sociedad, pues constataron por sí mismas que podían interceder en las decisiones de una organización, de una comunidad o de un Estado. El líder y constructor del régimen de la Regeneración (1885-1904), propiciador y protagonista del conservadurismo nacionalista, grupo que se enfrentó a los liberales en la Guerra de los Mil Días, el señor Miguel Antonio Caro, impuso, mediante fraude en las elecciones de 1898, a Manuel Antonio Sanclemente, un octogenario, quien luego fue depuesto por el Congreso, por José Manuel Marroquín, en 1900, lo que enardeció a los liberales, quienes fueron excluidos, empujándolos a la guerra con la anuencia de Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera. El señor Caro apoyaba a las mujeres en sus luchas por hacer respetar sus derechos ante los hombres y poder alcanzar sus metas sin ninguna clase de humillación, más que todo por sus compañeros, sus esposos o amantes.

Ahora, hay que decir que pese a la preeminencia de opiniones como las de Miguel Antonio Caro, ultraconservador y promotor de la guerra, hubo mujeres aguerridas dentro del frente de batalla; basta señalar el caso de Adriana Camargo de Albarracín, del municipio de Sogamoso; una señora hacendada, de mucho dinero, con muy buena posición social, quien lideró comprando armas, municiones para los desertores conservadores que se unieron a las luchas liberales, dándoles magníficos caballos para la guerra, lo que nos da un sentido variado de los matices de la participación de la mujer en la conflagración bélica del país.

Dentro de las historias de combate se resalta a la señora Esther Quintero, compañera de uno de los batallones de Nicolás Cantor.

Es urgente pensar y rescatar la otredad, los otros y las otras que la historia oficial ha silenciado, y es menester que cada vez más se reescriban nuestras realidades con el ánimo de abrir espacios de reflexión y análisis.

Cuando ella vio fracasada la toma de Honda en 1901 reaccionó de una manera fuerte ante la cobardía, ante la derrota de algunos oficiales; tomó sus armas y su caballo como capitana de las fuerzas restauradoras y se lanzó a la cabeza del grupo; en la acción en Cuesta del Rosario, lo cual causó un gran dolor y consecuencias delicadas, como el incendio de un convento por parte de Ramón Marín.

Después de 1937 las mujeres pudieron recibir la recompensa de esos años de motivación y logros, fracasos y triunfos que les ayudaron a salir del olvido y formar parte de una sociedad tanto militar como políticamente (Martínez, 1940).

Así comienzan los cuentos sobre ellas mismas, escritos donde expresan por qué pensaron y quisieron unirse a la guerra. Algunas extienden sus relatos y anécdotas hablando sobre la forma como la guerra influyó en sus vidas y cuál fue la suerte de los niños y niñas en esos años de lucha, en los cuales unos nacieron y otros murieron con lo que tenían puesto.

Abordando el tema de los niños y su papel influyente en la guerra, estos fueron afectados directa e indirectamente, ya que se crearon historias nacidas de la fantasía política por el odio y la desinformación. Por ejemplo, una de ellas, la de Tulio Barón, de quien se decía que tenía unas cuevas donde llevaba a los prisioneros para colgarlos en ganchos de carnicería y que eran torturados por niños con filosos cuchillos. Este lugar se volvió mítico en la guerra y recibió el nombre de Monte Frío. De esta manera, se observa cómo se trabajó a los niños psicológicamente durante la guerra, por parte del Estado y de los liberales, y del odio de los partidos políticos en la información y desinformación de los acontecimientos del conflicto. Como producto de la participación de los niños surgió una ordenanza, en la que los oficiales competían por reclutar o atraer a esos jóvenes que les funcionaran de serviles, aprovechando con la imaginación de los niños al querer vivir la aventura de la guerra, pues soñaban con esas andanzas.

Los niños llegaron a los campos de batalla de varias formas, algunos reclutados a la fuerza, otros influenciados por sus propios

padres, quienes los llevaron para hacer parte de las tropas; muchos murieron en las batallas, como en la de Palonegro. La guerra bipartidista de finales del siglo XIX produjo a un mismo tiempo la unidad y la desintegración familiar, no hubo una sola vía, padres, hijos y mujeres actuaron en muchos frentes debido a los múltiples escenarios del conflicto. Al final, la presencia de la mujer se vio magnificada en el tiempo por sus atributos de arrojo y perspicacia, combinados con la dosis de precaución, de amistad y afecto ante los diferentes integrantes de los grupos armados. Los niños y las mujeres en la Guerra de los Mil Días tuvieron un papel de importancia, y fue trascendental, como se puede concluir de este escrito; ambos han tenido una influencia incontrastable en nuestras confrontaciones y batallas (Murillo, 2014).

Por otro lado, se puede concluir también que experimentaron de modo controversial los avatares de la guerra, y sus roles fueron desiguales. Es resaltable el papel de la mujer, en el sentido de su persistencia y dedicación hacia una meta, un sentimiento, una acción. Las mujeres demostraron coraje y lucha por sus ideales, asumiendo riesgos, y los niños, como tal, representaron el pie de lucha, pero también la subvaloración que les prodigaron tanto los partidos como los hombres combatientes. Hasta ahora apenas se viene explorando en nuestra historia el papel fundamental de las mujeres, que no solamente se ha dado en el ámbito de lo privado, sino también en lo público; por esta razón, nos propusimos el objetivo de una descripción analítica con la meta de repensar nuestra actualidad, *ad portas* de las luchas feministas que vienen ganando terreno en diferentes espacios de la vida social colombiana.

Es urgente pensar y rescatar la otredad, los otros y las otras que la historia oficial ha silenciado, y es menester que cada vez más se reescriban nuestras realidades con el ánimo de abrir espacios de reflexión y análisis que nos permitan ver en el horizonte del presente la posibilidad de incluir los grupos que tradicionalmente han sido silenciados por el modo de narrar de las elites y de los patriarcas enquistados en la historia de nuestro país. Deseamos que con este corto escrito se ilumine la conciencia de quienes estudian ciencias sociales y humanas, especialmente en la ciencia política, y se aterrice el contorno de nuestros conocimientos hacia nuestras propias tierras.

De hecho, comprobamos que la mujer es un eje central en la vida de las personas para alcanzar retos, lo que se evidencia en cómo ellas participaron y fueron protagonistas de las diferentes batallas que han azotado a nuestro país; por lo tanto, es necesario recabar que las violencias del siglo XX y XXI están por escribirse, sobre todo las de aquellas mujeres y niños anónimos que nunca tienen voz, y

esa es una tarea impostergable de nuestra identidad y construcción de la nación, porque la reparación no es solamente un programa de Gobierno, la reparación comienza en la medida en que esas voces, esas otras historias, esos otros conflictos que no se narran ni se escriben, ni tienen una repercusión en nuestra sociedad, tengan al menos, desde la lejanía del pasado, como fue la Guerra de los Mil Días, una alternativa de justicia para ser escuchadas, valoradas y reconocidas.

Finalmente, no cabe duda de que las mujeres y los niños, ya como víctimas o como sujetos infravalorados, como héroes anónimos, han luchado por los valores más sublimes en favor de las libertades de los pueblos; su búsqueda de esas utopías móviles de sociedades más justas, más equitativas, más democráticas no ha sido solamente un asunto de hombres, del patriarcalismo.

Referencias

- Austin, H. (2003). *El papel de la mujer en la Guerra de los Mil Días*. <http://bdigital.binal.ac.pa/bdp/papeldelamujer.pdf>.
- Bernal, A. (s. f.). Mujeres y guerras en Colombia. <https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/53077/mujeresyguerras.pdf?sequence=2&isAllowed=y>.
- El recluta* (2000). Ediciones Eafit.
- Jaramillo, J. E. (1991). *Los guerrilleros del novecientos*. Cerec.
- Londoño, P. (1995). El ideal femenino en Colombia. VV. AA., *Las mujeres en la historia de Colombia. Tomo III. Mujeres y cultura* (pág. 415). Norma.
- Martínez, A. (1940). Las capitanas de los mil días: participación de las mujeres en la guerra y apasionado testimonio de ellas. <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/creden->

Las mujeres en las guerras del siglo XIX estuvieron prestando sus servicios como auxiliaadoras de los heridos en combate, se involucraron en la guerra con sus compañeros, con sus amantes, con sus esposos, hasta llegar a ocupar rangos altos en las milicias por medio de sus acciones junto a los mismos.

- cial-historia/numero-121/las-capitanas-de-los-mil-dias
- Murillo, A. R. (2014). *El papel de las mujeres y los niños en la Guerra de los Mil Días*. [video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=FvFCV99-hsg>.
- Nelson, H. (2003). *El papel de la mujer en la Guerra de los Mil Días*. Centro de Investigación y Docencia de Panamá.
- Tovar, K. (2013). *El papel político de las mujeres en la Guerra de los Mil Días*. [Trabajo de grado]. Universidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia. <https://repository.usta.edu.co/bitstream/handle/11634/2754/2013karentovar.pdf?sequence=4>.